

SENTIDO DE LA HISPANIDAD

Nuestra idea hispánica va teniendo eco en selectos grupos del pensamiento sudamericano. Merece especial consideración la espléndida labor de *Sol y Luna*, destacándose entre las más recientes un opúsculo de César E. Pico titulado *Hacia la Hispanidad* (1). Es un estudio preciso, hondo, muy bien escrito, cuyo tema es nada menos que mostrar la realidad social de la hispanidad. Pico ha penetrado muy bien en los más recientes hallazgos del pensamiento sociológico e intenta definir desde ellos el ser de la hispanidad. Esto sería motivo bastante para dedicarle nuestra atención; pero, además, rezuman todas sus páginas un profundo amor a España. Amor inteligente y realista tan alejado de caducados tópicos como de reservas mentales. Los de *Sol y Luna* han expresado su posición con meridiana claridad: nuestra actitud ante España no es hispanofilia, sino hispanofiliación. La relación entre los pueblos hispanoamericanos y la nación española es algo más que un conjunto de lazos de sangre y de cultura, es algo que afecta al ser mismo de dichos países. El trabajo de Pico está planteado con perfecto rigor desde supuestos sociológicos que recibe principalmente del pensamiento de José Ortega y Gasset, a quien dedica su estudio. Esto nos obliga a hacer una ligera alusión a la sociología para plantear luego el problema de la hispanidad.

El acierto fundamental de la sociología de Ortega es el considerar en lo social antes que un conjunto de individuos un cuer-

(1) César E. Pico: "Hacia la Hispanidad". Publicado en el número 9 de *Sol y Luna*. Buenos Aires, 1943. Impreso por Francisco A. Colombo. Hortiguera, 552. Buenos Aires.

po con vida propia o un entrecruce de relaciones, un sistema de formas vivientes de la existencia del hombre y en las cuales éste se halla instalado. Estas formas afectan decisivamente al ser mismo del hombre, que no se agota en la sociedad, pero no está tampoco fuera de ella. El principio de que el hombre es social por naturaleza pervive con su acuñación aristotélica a través de los siglos hasta el individualismo moderno. Pero lo que de dicho principio se recoge en la sociología más afinada de nuestro tiempo, es la pertenencia del hombre a una determinada sociedad histórica. No se trata tan sólo de que el hombre sea un animal político, sino que además, y esto es lo decisivo, vive en una gran porción de su existencia de un sistema de creencias y de usos que constituyen la entraña misma de la sociedad. No se satisface el pensamiento sociológico contemporáneo con el principio de que la sociedad es connatural al hombre y necesaria para su vida. El hombre —así se consideró desde Aristóteles— no puede vivir fuera de la sociedad. Mas la sociedad ha de entenderse como una entidad que abarque globalmente el conjunto de los fines de la vida humana y en este sentido el término sociedad se hace uno con el de cuerpo político. Hasta el siglo pasado el problema de lo social se redujo en líneas generales a las entidades sociales y como fundamental a la política. Augusto Comte llama la atención sobre lo social en sí mismo, que si nunca fué objeto de específica consideración, hasta entonces se había desdibujado, por otra parte, a través del racionalismo individualista culminante en Rousseau. La sociología nace entonces como ciencia peculiar. Comte y Durkheim, llevados de su acentuación del factor social, conciben éste como asentado en un enorme cuerpo colectivo dotado de un alma que le es propia. El hombre, considerado individualmente, se anega en aquel organismo. Como reacción ante esta actitud vuelve por sus fueros el individualismo. Soluciones conciliadoras podemos considerar por el especial rango que han alcanzado estas tres: lo social, como sistema de relaciones interindividuales y de los cuerpos constituídos por las mismas (Simmel); lo social, como conjunto de actos humanos con sentido valorativo (Freyer); y lo social, como modo específico del hacer u obrar humano (Max Weber). Las dos primeras de estas posiciones hacen al hombre excéntrico a lo social. El

hombre teje relaciones sociales y verifica actos dotados de un sentido determinado que les cualifica, pero queda en rigor fuera de la sociedad. Mucho más honda es la posición última de Max Weber, para quien lo social es un tipo específico del hacer humano: aquel en que nos orientamos teniendo en cuenta la conducta de otras personas, la cual constituye, por así decirlo, el término del enfoque de nuestro obrar, del cual este último recibe su sentido. El hacer social recibe distintas modalidades según los tipos de garantía de su normalidad y efectiva verificación. Aquí ya se inserta lo social, aunque insuficientemente en la realidad humana, puesto que no sólo el hombre hace cosas que son sociales, sino que una de las esferas de su propio comportamiento es en lo que consiste el objeto de la sociología. Ortega ha dado un paso más en la aclaración de estos conceptos (creemos inútil decir que no nos atenemos a un orden estrictamente cronológico), que consiste en haber destacado y perfilado la figura del uso. El uso, que para Max Weber constituye uno de los aspectos de lo social, es en el pensamiento de Ortega la forma decisiva. Los usos no son acciones inspiradas en la conducta o presión ajenas, procedentes de personas particulares —el incluir esto dentro de lo estrictamente social es el error del pensamiento anterior—, sino en instancias extraindividuales, irracionales, coactivas, que actúan sobre la vida del hombre desde un contorno impersonal, aunque de naturaleza humana. Son formas de la existencia del hombre en las cuales éste vive de lo que está vigente, no de su libre iniciativa. Los usos son imposiciones cuasimecánicas que facilitan la vida del hombre, porque teniendo ésta que hacerse a sí misma desde su indeterminación de principio, precisa instalarse en un bloque de soluciones dadas por el pasado que conserva la sociedad, fijando el nivel histórico sobre que nuestra personalidad se erige. Vivimos y somos en la sociedad y sólo desde ella se despega la acción creadora de nuestro ser personal. Ahora bien; no todos los usos son meras imposiciones cuasimecánicas, porque existe una importantísima zona de ellos incorporada a nuestro ser íntimo y, aun mejor, de la cual este mismo en gran parte brota. Se trata de las creencias sociales o usos y raíces, que podríamos quizá considerar como articulación y puente entre la personalidad individual y la sociedad, usos y

creencias que constituyen la base de lo social y, por tanto, un imprescindible factor del ser histórico, no natural, del hombre.

Determinada la índole de lo social importa considerar las agrupaciones humanas como las estructuras dentro de las cuales se realizan. El hombre vive en muy diversos grupos sociales: la familia, la clase social, la profesión, el municipio, el estado. Pero no sólo en éstos. Cada una de estas agrupaciones realiza fines concretos de la sociedad y atesora distintos órdenes de creencias y de usos. Lo que somos nos viene en gran parte de esas entidades o a través de ellas se nos transmite. Refiriéndonos a la nación, en la que se condensa como grupo social más amplio el conjunto de las instancias y formas de vida sociales, importa destacar que nuestro modo de estar en ella no es un simple *convivir él*, sino una auténtica pertenencia. El mayor volumen de los contenidos previos de nuestra vida nos viene de ser españoles, porque en condición tal se atesora todo el pasado concreto que nos ha hecho posibles. Pero si la nación es la forma más tangible y dibujada de agrupación social continente, está a su vez inmersa en otras más amplias. Las naciones conviven en la sociedad internacional, pero a la vez los que a ellas pertenecen tienen otro tipo de convivencia que les abarca y configura, el cual puede constituir a la larga el cimiento de nuevas entidades políticas. Vivimos en la nación, pero también en la sociedad supernacional. No debe verse en esto nada parecido al viejo espectralismo de la humanidad global y abstracta. La sociedad supernacional, por el contrario, es algo tan concreto que consiste en aquel conjunto de pueblos informados por la misma cultura, por el mismo sistema fundamental de usos y de creencias, por la misma manera de reaccionar ante el mundo. Europa constituye la gran sociedad supernacional, en que España, Francia, Alemania, Inglaterra, están insertas. Pues bien, lo mismo que a la nación, el lazo que nos une a esta otra sociedad de mayor volumen, aunque no tan precisa, es el de pertenencia. Antes que actuemos en España y en Europa, "somos españoles", y "somos europeos". Pero ahí está América. El Nuevo Mundo no constituye una comunidad cultural y social ajena a Europa, sino que es prolongación y creación suya. ¿Cómo considerarlo? Si como mundo aparte, pierde su sustancia espiritual, su auténtico contenido. América es constitu-

tivamente europea para su mayor honra. Pero es europea a través de las naciones que le dieron su mismo ser. Los pueblos hispanoamericanos son europeos en la medida en que son españoles. César E. Pico lo define con ejemplar claridad en estas magníficas palabras: "La civilización europea dominó al indígena porque era sencillamente la civilización universal. Somos europeos en América, pero no europeos primariamente, sino europeos oriundos de aquellas naciones que aquí arraigaron. Circunscribiéndonos al caso nuestro —el de la naciones hispanoamericanas— diremos que somos europeos porque antes somos españoles en América. Y somos españoles porque ese es nuestro modo —histórico y social— de ser europeos. La hispanidad aparece así como la sociedad supranacional en que conviven los individuos." Lo más importante de esta definición es la condición ontológica de la hispanidad que de ella se desprende. La hispanidad es, primero, un modo de ser de los que pertenecemos a ella como realidad social; segundo, una gran agrupación supranacional en la que aquel modo de ser se manifiesta. Pues bien, sean cuales fueran nuestras dudas y vacilaciones ante el porvenir del mundo hispánico, he aquí como punto de partida inexcusable esta elemental verdad: el mundo hispánico está ahí, existe. La hispanidad es una de las grandes configuraciones históricas que sobrevivieron en la carrera del mundo. Queramos o no, somos hispánicos por algo más que las costumbres y los hábitos. Lo somos porque estamos inmersos en esa gran realidad que forjaron siglo a siglo los españoles de ambos lados del océano. Vínculo de esa gran comunidad, la lengua española, si no esencia factor constitutivo de aquélla, cada día se reafirma con más vigor en el mundo nuevo. Y quienes desde el norte trataron de utilizar nuestro idioma con fines políticos en el continente ultramarino, lo que consiguieron por de pronto es abrirle sus puertas y ensanchar su victoriosa órbita. Ante estos primarios hechos, que un argentino ilustre celoso de la personalidad y de la independencia de las naciones hispanoamericanas, proclama, las divergencias políticas son cosa menor y anecdótica. La política a la manera grande consiste en promover las posibilidades que el pasado erigió ante nosotros. Descuidarlas y olvidarlas dando

prelación a lo accidental sobre lo profundo, es traicionar el destino.

Pero no basta con la realidad social que Pico pone de manifiesto al tratar de la hispanidad. Las realidades históricas no son quiescentes, sino, por el contrario, las más movedizas y dinámicas de cuantas existen. Lo que en forma de hechos sociales se nos ofrece es el precipitado de empresas inventadas por los hombres más preclaros dentro de la profunda unidad de una trayectoria histórica, de una unidad de destino. Una nación y una realidad supranacional existen sólo en la medida en que tengan por delante un futuro bosquejado por las minorías directivas y que sea eficiente para el contorno social. Pero sólo, por otra parte, desde concretas posibilidades de una determinada realidad social, pueden proyectarse empresas históricas que sean fecundas y arraiguen. Esto quiere decir que la inventiva histórica sobre la hispanidad es la tarea política sustancial española de nuestro tiempo.

Pero al mundo hispánico habremos de ir desde Europa y como europeos. Y esto nos pone ante un problema de notoria gravedad. Para nosotros Europa es algo más que un continente y una unidad espacial de raza y de cultura. Concebimos a Europa como el centro de una civilización universal cuyos principios esenciales, los cristianos, tienen posibilidad de validez para todos los hombres del mundo. Europa no es un modo de vivir de puertas adentro, sino, y esto en su propia esencia, un trascender de sí misma. Por eso España ha realizado quizá mejor que ningún otro pueblo la sustancia misma de Europa como concreción del mundo cristiano. Si concebimos a Europa como centro de una civilización universal, según muy acertadamente indica César E. Pico, entonces, queramos o no, los valores europeos o trascienden o no son. Cuando en algunos destacados sectores del intelecto europeo se propone la constitución del mundo en grandes espacios, los españoles tan sólo podemos admitirlo en la medida en que se deje a salvo el principio de la universalidad cristiana y se considere el nuevo mundo como parte integrante de la cultura occidental. Si así no fuese nos invadiría la desazón de sospechar que Europa abdica de su insustituible misión de hegemonía en el mundo, de verdadero mando sobre el universo.

No es el territorio ni la raza lo que configura a las grandes entidades supranacionales, sino la participación en un destino colectivo tachonado de comunes quehaceres. Y en la cima de todo destino histórico vemos en Europa la más excelsa forma de conquista y expresión de los valores universales del hombre. No puede ser la ilusión de Europa encerrarse en sí misma, porque su ser consiste en ir hacia fuera, en imperar. Contra tanto desdichado tópico como ha pululado en la semicultura del periódico y del folleto fácil, hay que afirmar que en sus líneas generales las manifestaciones de actuación europea sobre el mundo han sido gloriosas realizaciones de su propia y universal esencia como portadora de la Cultura. Las misiones apostólicas, pero también las compañías navieras y factorías comerciales, extendiéndose con nombres europeos a lo ancho del globo, han realizado el destino de Europa. El día en que Europa renuncie a sus perspectivas universales habrá perdido la más eficaz de sus ilusiones y habrá renunciado al cumplimiento de su misión, que tiene que realizarse al servicio de todos los hombres llevando del uno al otro confín del mundo cuando no sus armas, sus naves, sus utensilios y sus maneras; a lo ancho del mundo, cortando todos sus meridianos, realizó más plenamente que ningún otro pueblo, España, aquella esencia de Europa como proyección sobre el universo. La misión de Europa es llevar la Cultura, el sentido universal y cristiano del hombre a todas las latitudes del planeta según acertó a expresarse en la vieja divisa salmódica de la monarquía española y del mundo hispánico: *A solis ortu usque ad occasum*.

SALVADOR LISSARRAGUE.



CRONICAS

